

acostumbrado éxito, pues la supersticiosa muchedumbre las prefirió á la verdad. Chactas fue conducido á su cabaña, Chepar volvió al fuerte, siempre dispuesto por Febriano á fiarse de Onduré y á sospechar del hermano de Amelia. Habiendo bajado el sol á su ocaso, los salvajes aplazaron para el día siguiente la continuación de los juegos.

Pero la tempestad, conjurada por un momento,

amenazaba estallar de nuevo. No bien Chactas volviera á su cabaña, pidió la convocación de un consejo, pues deseaba conferenciar con los sachems antes de espirar. Imposible era á los conjurados negarse al último deseo del ilustre anciano sin hacerse sospechosos y odiosos á la nación. Onduré se dió prisa á buscar á Adario y hablarle de Chactas; cuya cabeza, decía, estaba trastornada por la proximidad de la muer-



MUERTE DE RENÉ.

te. Adario miró de soslayo al salvaje y le dijo: «¿Cómo te atreves, miserable, á hablar en esos términos del mas eminente sachem, del amigo íntimo de Adario? ¡Alejate de mi vista sino quieres que te castigue cual merecen tus insensatas palabras!»

Chactas y Adario eran la desesperación de Onduré: el primero ignoraba sus negros designios, y los hu-

biera desconcertado si los hubiese conocido; el segundo le despreciaba, y le hubiera clavado su puñal en el corazón si hubiese podido creer que aspiraba á la tiranía por medio del exterminio de los blancos. Los sachems se apresuraron á celebrar el consejo en la cabaña de Chactas, á la que Adario fue el primero que concurrió.

Outougamiz había ido á buscar á su hermana. Sentada en sus solitarios hogares y reconcentrada en sí misma, Celuta había removido, por decirlo así, todos sus ocultos pesares; habíalos sacado uno en pos de otro: su hija, Mila, Outougamiz y René se habían presentado alternativamente á sus temores y recuerdos; solo había olvidado llorar por sí misma. Los grandes dolores abrevian el tiempo como también las grandes alegrías, pues las lágrimas que corren con abundancia arrastran rápidamente las horas en su curso. Celuta ignoraba la interrupción de los juegos, el regreso de su hermano y la llegada de Chactas. Outougamiz se precipitó en la cabaña, gritando: «¡Aquí estoy! ¡vedle aquí! ¡Chactas, el mismo!» Chactas! Le he encontrado en lugar de René; ¡ha llegado! ¡Todos nos salvaremos! ¡Ah! ¡Si Mila no hubiese muerto! ¡Se ha dado demasiada prisa. Toma tu manto y tu hija y vamos á ver á Chactas. Acaso habrá ya muerto, pero no por esto habremos dejado de salvarnos.»

A estas palabras ininteligibles para cualquiera que no fuese Celuta, esta elevó su corazón hácia el Gran Espíritu, y se apresuró á tomar su manto. Outougamiz le instaba á que anduviese á prisa, y empeñándose en ayudarla retardaba sus preparativos. Cuando

los dos salieron de la cabaña ya era media noche. En aquel momento, las tres viejas consagradas al culto de Athaënsia, entraban en el templo, y en presencia del jefe de los sacerdotes, quemaron una de las cañas del haz; hubiérase creído que las Parcas cortaban el primer hilo de la vida de René.

Outougamiz y Celuta llegaron á la cabaña de Chactas: el Consejo no había terminado aun, y los allouez colocados alrededor de él, no les permitieron acercarse. Nunca se ha sabido lo que se deliberó en aquel Consejo reunido en torno del lecho mortuario de Chactas, y presidido por la virtud moribunda. Los guardias mas inmediatos á la puerta oyeron tan solo algunas palabras cuando se esforzaba la voz en medio de una discusión acalorada. Una vez Chactas respondió á Adario:

«Creo amar á mi patria tanto como tú; pero la amo menos que á la virtud.»

Algun tiempo despues dijo: «Ignoro cuales son vuestros deseos; pero aquel que se ve obligado á ocultar sus acciones, hace una cosa desagradable al Gran Espíritu.»

Oyóse luego á la Mujer-Jefe discurrir acaloradamente, pero no pudieron recogerse sus apasionadas palabras. Chactas dijo despues de ella:



OUTOGAMIZ MEZCLA SU SANGRE CON LA DE RENÉ.

«¡Ya lo veis! Esta mujer es presa de los remordimientos; no dice todo, pero su conciencia la abrumma; ¿por qué no veo aquí á su cómplice, al infame Onduré?»

Respondiendo sin duda á alguna observación, Chactas prosiguió:

«Lo sé! los guerreros jóvenes deben preferir los consejos de Adario; la juventud gusta de las hogueras que se hacen sentir á larga distancia y que la nobligan á retroceder, y desprecia esos fuegos moribundos á los que es preciso acercarse para recoger un calor próximo á extinguirse.»

Adario replicó algunas palabras.

«Antiguo amigo mio! le respondió Chactas, los dos hemos recorrido un largo camino; te amo y voy á esperarte. No calumnies á René; perdónale un vesceso en el bien, pues ni tú ni yo valemos mas que él.»

Al llegar aquí, cundió la agitación en el Consejo; los sachems hablaban á la vez, pero la voz de Chactas restableció el silencio y continuó:

«¿Qué oigo? se ha celebrado una asamblea genede los Natchez en la roca del lago? Mila ha sido varrojada al río! René está ausente y se le acusa

«sin oírle! ¡Celuta yace sepultada en el dolor! ¡Outougamiz es tenido por loco! ¡Akansia se arrepiente! ¡Los juegos proclamados ocultan al parecer alguna resolución funesta! ¡He sido alejado, y mi regreso esperece la confusión entre vosotros!... ¡Gran Espíritu! me llamas á tí antes de haber podido desentrañar estos misterios! Cúmplase tu voluntad; pero toma en tu mano poderosa lo que escapa á la débil mano mía. Adios, amada patria, pues debo á mi alma el último momento que me resta. Aquí terminan las escenas de la vida entre los hombres y yo. ¡Sachems! vosotros os despedís de mí ocultándome vuestros secretos; ¿qué importa? ¡voy á conocer los de la eternidad!»

Dichas estas palabras, nada volvió á oírse; poco despues, los sachems salieron en silencio con los ojos bajos y anegados en lágrimas; así las vetustas encinas desprenden de sus marchitas hojas las brillantes gotas de rocío que en ellas depositara una hermosa noche. El alba blanqueaba el horizonte, y la Mujer-Jefe envió á buscar al tutor del Sol.

Outougamiz y Celuta entraron entonces en la cabaña de Chactas, que yacía en un parasismo. Antes de caer en él había pedido le llevasen al pie de un árbol y se le volviese el rostro hácia el Oriente para morir contemplando el nuevo día. Al recóbrar el uso de sus sentidos, reconoció en la voz á los dos hermanos, pero no pudo hablarles.

Adario no había salido de la cabaña con los demás sachems, pues se había quedado para hacer ejecutar la última voluntad de su amigo. Chactas fue trasladado al pie de un tulipero plantado en la cima de un cerro desde donde se descubria el rio y todo el desierto.

La aurora entreabria el cielo; á medida que la tierra cumplía su revolucion de Occidente á Oriente, salían de la parte inferior del horizonte anchas zonas de púrpura y de rosa, magníficas cintas desplegadas de su cilindro; del enmarañado fondo de los bosques se destacaban los transparentes vapores matinales, que en breve se trocaban en una especie de humo de oro al llegar á las regiones alumbradas por la luz del día. Los pájaros burlones cantaban; los colibris revoloteaban sobre el leve tallo de las anémonas silvestres, mientras las cigüeñas se remontaban en los aires para descubrir el sol. Las cabañas indias diseminadas en las colinas y en los valles pintábanse en los vivos colores de la mañana; hasta los bosquecillos de la Muerte sonreían en la soledad.

Outougamiz y Celuta se mantenían arrodillados á corta distancia del árbol á cuya sombra exhalaba Chactas su último aliento. Un poco mas lejos, Adario en pie, con los brazos cruzados, en girones su vestido y erizado el cabello, miraba inmóvil espirar á su amigo. Chactas estaba sentado y apoyado en el tronco del tulipero; las auras matutinas jugueteaban en su nevada cabellera, y el suave reflejo de las rosas de la aurora coloraba su pálido semblante.

Haciendo el último esfuerzo, el moribundo sachem sacó de su pecho el crucifijo que le había dado Fernelon. «¡Atala! dijo con una voz reanimada, ¡muera yo en tu santa religion, cumpliendo así mi promesa al padre Aubry! No he sido purificado por el agua santa, pero pido al cielo el bautismo del deseo. ¡Virtuoso jefe de la oracion, que pusiste en mis manos este signo de salvacion, acude á buscarme á las puertas del cielo! Poco trabajo daré á la muerte: una parte de su obra está ya consumada; no tendrá que cerrar mis párpados como los de los demás hombres; voy, por el contrario, á abrir á la claridad divina los ojos durante tanto tiempo cerrados á la luz terrena.»

Con Chactas exhaló la virtud su postrimer suspiro: el árbol perfumado de los bosques americanos embalsama los aires cuando el tiempo ó la tempestad le han

derribado sobre su suelo natal. Outougamiz y Celuta quele vieron inclinarse, se levantaron, se acercaron al tulipero y abrazaron los ya helados piés del anciano en quien cifraban su última esperanza. Adario se alejó sin proferir una sola palabra, á semejanza del caminante que se dispone á reunirse á su compañero que se ha puesto en marcha algunas horas antes.

Los salvajes estaban ya reunidos en el valle de los Bosques para proseguir la partida de raqueta, cuando cundiendo entre ellos la nueva de la muerte de Chactas, oíase por donde quiera: «¡La gloria de los Natchez se ha estinguido! Chactas, el gran sachem, no existe ya! Los juegos fueron interrumpidos segun da vez, porque el dolor era universal. Algunas tribus indias, sorprendidas al ver aquel duelo que venia á mezclarse con unas fiestas, empezaron á temer la cólera del cielo, y plegando sus tiendas de pieles, emprendieron el camino de su país.»

Todo volvía á mostrarse hostil á los proyectos de Onduré; sus emisarios secretos habían perdido la pista del hermano de Amelia; el Consejo reunido en la cabaña de Chactas se había mostrado irresoluto, y la Mujer-Jefe, que casi se había delatado á sí misma, solo deseaba una entrevista para ceder ó resistir á sus remordimientos. En el fuerte de Rosalia, Chepar, no obstante su ceguera, no podía prescindir de reflexionar sobre los avisos que diariamente le trasmitian el padre Souel, el gobernador de la Luisiana y el mismo capitán d' Artaguette; avisos que parecían confirmados por la desercion de considerable número de negros que se refugiaban en los bosques. Parecía que el cielo se declaraba al fin en pró de la inocencia.

Los mas ancianos parientes de Chactas fueron á recoger su cadáver, cuyas exequias se aplazaron para el día siguiente á su tercera hora. A Celuta, como esposa del hijo adoptivo del finado sachem, y á Outougamiz como hermano del mismo, se les previno que se encargasen de las ceremonias acostumbradas, y recibieron la órden de prepararse á ellas.

Celuta pasó su solitario día llorando en su cabaña la nueva pérdida que acababa de sufrir. Aquel incesante regreso á un hogar desierto donde nadie le ofrecía consuelos, llenaba su imaginacion de terror y de tristeza su alma. «¿Dónde estaban ya René, Mila, Chactas, aquellos parientes, aquellos amigos que un tiempo la sostenían? Adario no tenía otra morada que los bosques, y Outougamiz, agoviado bajo el peso de su dolor, gozaba apenas de su razon. En la multitud no brillaba indicio alguno de piedad y conmiseracion; veíanse por donde quiera rostros enemigos ó sentimientos mas insanos que el odio.»

René no regresaba, á pesar de haber sido anunciado su regreso; y en tan prolongada ausencia Celuta entreveía un vislumbre de esperanza. El infortunio es religioso, y la soledad llama la oracion: Celuta oró. Ya pedía consejos al Gran Espíritu de los indios, ya se dirigía al Gran Espíritu de los blancos, y presentaba á este la candorosa Amelia á quien el agua del bautismo había hecho cristiana, y que por lo tanto podía invocar mejor que ella al Dios de René. Una idea asaltó de repente á Celuta, que se levantó exclamando: «¡Manitú protector de René! ¿eres tú quien me inspira?»

La desgraciada se esforzó en calmar su primera emocion, para reflexionar mas tranquilamente un proyecto que cuanto mas lo examinaba mas propicio le parecia; esperó, pues, la noche para realizarlo.

Las sombras envolvían la tierra; la luna no brillaba en los cielos, y únicamente se divisaban las inmensas masas de los bosques y los peñascos que se destacaban imponentes sobre el azulado fondo del firmamento, á la manera de negros recortes. Celuta salió de su cabaña con una luz oculta en el nudo de una caña; llevaba además unas cuerdas de lino silvestre y un

rollo de tela de morera. Mas ligera que una sombra, voló á la caverna de las Reliquias, á la que bajó sin temor, y se adornó con los despojos de la muerte que colgó en derredor de su cintura y de su frente, como una doncella engalanaria sus sienes y su pecho para deslumbrar en el brillo de un festin. Cubrióse luego en el amplio velo de morera blanca, y ocultó en sus pliegues su lámpara de caña.

Abandonando luego aquel fúnebre asilo atravesó los campos cubiertos de espesa niebla, y encaminóse al templo de Atkaénsia para sustraer el haz, fatídico.

«Si arrebató el haz, se decía, los conjurados en los Natchez no sabrán qué resolver; se juzgarán desobedientes y se dividirán, queriendo unos acelerar la ejecución del complot, y otros abandonarlo; será preciso enviar mensajeros á las naciones que deben contribuir á la matanza, para noticiarles el inesperado acontecimiento ocurrido en los Natchez. Algunos vagos rumores llegarán á oído de los franceses, y es imposible que la conspiracion no fracase en medio de tanto conflicto. ¡Celuta! así mostrarás un gran crimen á tu patria, ó si al fin se realiza la matanza general, René llegará despues de descargado el golpe: habrás salvado á tu esposo sin descubrir el secreto ni violar la promesa que hiciste á Adario.»

El templo de Atkaénsia estaba construido en medio de una vasta plantacion de cipreses que le servian de bosque sagrado. Las revelaciones de Mila habían hecho saber á Celuta que el haz de cañas estaba oculto debajo del altar. En el interior del templo, un sacerdote que era relevado de dos en dos horas por otro, custodiaba el tesoro falal de la venganza; y en la parte exterior, una guardia de alouez tenía órden de dar muerte á cualquiera que se acercase al pavoroso edificio. ¿Qué no puede el amor en el corazon de una mujer, aun cuando no es amada? Este amor era el que había inspirado á la esposa de René la estraña idea de tomar la forma de un fantasma. Intrépidos en el campo de batalla, los salvajes abrigan en el silencio ó en el estrépito de sus bosques la creencia y el temor á las apariciones. Hasta sus sacerdotes experimentan, por una justicia divina, los terrores supersticiosos de que se valen para engañar á los hombres.

Al llegar al bosquecillo de cipreses, Celuta se deslizó de árbol en árbol y se halló en breve á pocos pasos del templo; entreabriendo entonces su blanco velo, dejó ver la imagen de la muerte al oscilante resplandor de su lámpara. El estraño rumor del velo, que se arrastraba sobre las hojas llegó á oídos de los alouez, que al volver sus ojos vieron el temeroso espectro. Las armas cayeron de sus manos: unos apelaron á la fuga, y otros, sintiendo flaquear sus rodillas, tuvieron apenas bastante fuerza para llegar despavoridos á los vecinos matorrales.

Celuta se dirigió al templo, y abriendo una de sus puertas se colocó en el dintel. El sacerdote vigilante estaba sentado en tierra cuando hirió su vista la repentina aparicion: presa de mudo estupor, sus pupilas se dilataron, su boca se entreabrió y su piel se contrajo. La animosa india salvó el umbral, avanzó con mestrado paso, se detuvo, tornó á avanzar y estendió la yerta mano de un esqueleto sobre la inmóvil cabeza del sacerdote. Este quiso gritar pero no halló voz; inundábase un sudor glacial, y sus dientes rechinaban en la contraccion de su cutis. Celuta puso cima á su victoria tocando con la descarnada mano la frente del sacerdote, que cayó desmayado.

Había llegado ya al altar, cuya abertura buscaba por todas partes; veinte veces dió la vuelta á la piedra sin hallar lo que buscaba; entonces procuró levantar la tabla sagrada, se bajaba, se levantaba, acercaba la lámpara á todos los puntos del tabernáculo, y derribó el idolo; inútiles fueron todos sus afanes, pues no encontró el misterioso depósito.

El tiempo la apremiaba, pues los guardias y el sacerdote podian reponerse de su espanto. Celuta creyó oír por fuera pasos y voces, y llena de zozobra dirigió súplicas al amor y á la patria; prometió dones, ofrendas y hasta su propia sangre, si era preciso verterla, para salvar al hombre á quien amaba. Anublados los ojos en lágrimas de desesperacion, ora miraba la puerta del templo, ora tornaba á examinar el altar. ¿No ha sentido ceder uno de sus escalones? Su corazon latió, arrojándose, abrazó la flexible tabla de cedro, la desquició y la hizo huir horizontalmente. ¡Alegria y terror! ¡esperanza y susto! Celuta introdujo su brazo desnudo en la abertura y tocó con la punta de los dedos el manajo de cañas.

¿Cómo, empero, retirarla? la abertura no era bastante ancha, y la tabla detenida se negó á separarse mas. Solo quedaba un medio: tomar las cañas una á una. Tres veces introdujo Celuta su brazo en la abertura, y tres sacó algunas cañas, como si arrancase los dias de René al Destino. Pero no pudo sacarlas todas, las cañas de la parte inferior del haz estaban fuera del alcance de su mano. La piadosa sacrilega determinó á huir con su hurto: había sacado ocho cañas, y solo quedaban tres en el hueco del altar, pues una había sido ya quemada; salió del templo en el momento que el sacerdote volvía de su desvanecimiento, y penetrando presurosa en el mas espeso lugar del bosquecillo de cipreses, se despojó de su pavoroso adorno, arrolló su velo, devolvió los huesos á la tierra, y pidiéndoles perdon por haber turbado su eterno reposo, les dijo: «¡Despojos sagrados! ¡acaso pertenecéis á un desgraciado y habeis socorrido la desgracia!»

El triunfo de Celuta no fue completo, pero creía á lo menos haber aumentado las probabilidades de salvacion de René, pues si la matanza se anticipaba ocho dias, estos debian restarse del número de los que amenazaban su vida. Solo había ya tres de peligro, y ¿quién sabe si su ausencia se prolongaria mas allá de un plazo tan breve? Celuta al volver á su cabaña, arrojó al fuego las cañas, acercóse á su hija que dormía sobre un lecho de musgo, y la miró á la misma luz que había servido para alumbrar las osamentas de los muertos. La niña se despertó y sonrió á su madre; esta se inclinó sobre ella y la cubrió de besos, pues tomaba la dulce sonrisa de la inocencia por una aprobacion del robo de las cañas. Celuta no tenía otro consejo que la tierna Amelia, á quien René queria permanecer eternamente desconocido. Sobre una cuna desamparada, una mujer olvidada consultaba al cielo por un esposo desgraciado, y preguntaba al porvenir.

Outougamiz se hizo oír y se presentó en la puerta de la cabaña: había pasado el día anterior y una parte de la noche explorando los caminos por donde su amigo podia regresar, pero no le había hallado. Observando un tanto mas animadas las facciones de su hermana, le dijo: «Te revistes de valor para asistir á los funerales de nuestro padre. Démonos prisa que ya es tiempo de partir.»

Celuta creyó no debía revelar á Outougamiz el hurto que acababa de cometer, pues no queria abrumarle bajo el peso de un nuevo secreto. Apresuróse á tomar su vestido de luto, y dirigiéndose muy temprano á la cabaña de Chactas, se prometia alejar las sospechas que pudieran recaer sobre ella cuando se divulgase la desaparicion de las cañas.

El hermano y la hermana llegaron al amanecer á la cabaña de Chactas. Los parientes de este encendieron una gran hoguera; purificaron la cabaña con agua lustral; cubrieron los restos del sachem con una soberbia túnica y un manto, aun no estrenado. En la blanca cabellera del virtuoso anciano se colocó una corona de plumas encarnadas. Celuta y Outougamiz recibieron el encargo de pintar el rostro del

difunto. ¡Cuán triste deber! Arrodilláronse á los dos lados del cadáver, tendido en una estera. Cuando los dos huérfanos se inclinaron sobre el rostro de su padre, sus hermosas cabezas se tocaron y formaron una bóveda sobre la inanimada frente de Chactas.

Un sachem, maestro de las fúnebres ceremonias, daba los colores y explicaba sus alegorías: el encarnado estendido sobre las mejillas debía ser de diferentes matices, según la clase de los muertos pues el amor no se colora con el mismo carmín que el pudor, y el crimen se enrojece muy diversamente que la virtud. El azul aplicado á las venas es el color del último sueño, y también el de la serenidad. Pero las lágrimas de Celuta destruían su obra. Fue preciso concluir con el terrible beso de la despedida: los labios de la amistad y del amor tocaron á la par los de la muerte.

Esto hecho, unas matronas dieron al finado la actitud que el niño tiene en el vientre de su madre: esto simbolizaba que la muerte nos devuelve á la tierra nuestra primera madre, y que al mismo tiempo nos da á luz á otra vida.

La multitud se reunía: las congregaciones de los sacerdotes, los sachems, los guerreros, las matronas, las doncellas y los niños, llegaban alternativamente y ocupaban sus respectivos puestos. Todos los sachems tenían un báculo en la mano; sus cabezas estaban desnudas y desaliñados sus cabellos. Adario dirigía aquellos ancianos. Los franceses, con Chepar á la cabeza, se reunieron á la comitiva fúnebre, como habían asistido á los juegos; el séquito, mientras llegaba el momento de marchar, formaba un vasto semicírculo á la puerta de la cabaña.

Entonces fueron arrancadas las cortezas de esta por la parte que miraba á la comitiva, y todos vieron á Chactas sentado en un túmulo de gran ceremonia; á su espalda estaba atravesado su ataúd, formado de madera de cedro y de huesecillos entrelazados. Un sachem se mantenía en pié detras de esta formidable barrera, en representación del mismo Chactas, para responder á las arengas que iban á serle dirigidas.

Los dos perros favoritos del difunto estaban atados á sus piés, no habiendo sido degollados según la costumbre, porque su amo aborrecía la efusión de sangre; por otra parte, la multitud decía que el difunto no los necesitaba para cazar en el país de las almas, puesto que recibiría el cargo de gobernar las Sombras. El calumet de paz del anciano descansaba paralelamente á sus piés; á su izquierda se veían sus armas, honor de su juventud, y á su derecha el báculo que servía de apoyo á su cansada ancianidad. Como escitan mucho más aprecias las modestas virtudes del sabio que las del héroe, la vista de aquel sencillo báculo enternecía todos los corazones.

Adario empezó el discurso en nombre de los sachems, y se adelantó lentamente al círculo de los espectadores. Cruzados los brazos y vuelto el rostro á su amigo, le dijo:

«¡Hermano! tú amaste la patria! ¡hermano! tú batallaste por ella; ¡hermano! tú la aleccionaste con tu sabiduría. Supérfluo sería decir lo que has hecho: enemigo de los opresores, vengador del oprimido, todo en tí era independencia. Tu pié era el del cerzo que no halla barrera cuya altura no pueda salvar; tu brazo era un ramo de encina que se robustece al choque de la tempestad; tu voz era la voz del torrente, que nada puede reducir al silencio. Los que han habitado tu corazón saben que era demasiado grande para que la raquílica mano de la servidumbre pudiese abarcarlo. Tu alma era un soplo de libertad.»

El sachem que representaba á Chactas respondió detras del ataúd:

«¡Hermano! te doy gracias: fui libre y lo soy to-

»avía. Si mi cuerpo os parece encadenado, vuestros ojos os engañan; yace inmóvil pero no se puede hacerle sufrir; es, pues, libre. En cuanto á mí, guardo el secreto. ¡Adios, hermano!»

«¡No habeis hablado de vuestra mutua amistad!» dijo Outougamiz levantándose con gran sorpresa de los espectadores.

Adario y el sachem que representaba á Chactas se miraron sin replicar una palabra.

El tutor del Sol se levantó para pronunciar un discurso en nombre de los guerreros jóvenes; pero uno de los brazos de Chactas, violentamente doblado, saltó como para rechazar á Onduré. Entonces levantóse una voz: «¡Ese hombre es desagradable á los muertos! ¡que se aleje!»

Celuta, hija adoptiva de Chactas, fue encargada de volver á atar el brazo del anciano. Al ver su túnica negra y su hermosa religiosa, hubiérasela tomado por una de esas mujeres que se consagran en Europa á las obras más penosas de la caridad.

Celuta, dirigiéndose al muerto, le preguntó: «¡Padre mio! ¿estás bien?»

«¡Sí, hija mia! contestó el sachem intérprete. Si ven el sepulcro me vuelvo para descansar, mi mano se estenderá hácia tí.»

El mismo representante respondió á los discursos de las madres, las viudas, las doncellas y los niños.

Terminadas tan extraordinarias arengas, los parientes del difunto exhalaban tres gritos, y tres sonidos de los caracoles fúnebres anunciaron el momento de ser levantado el cadáver. Los ocho sachems más ancianos, en cuyo número estaba Adario, se adelantaron ejecutando la marcha de la muerte para llevar á Chactas: imitaban el leñador, el segador y el cazador, que troncha el árbol, que rompe la espiga y que atraviesa el ave. Adario dijo á Chactas: «¡Hermano! ¿quieres acostarte?»

El intérprete del sepulcro respondió: «¡Hermano! necesito el sueño!»

Entonces, cuatro de los ocho sachems de la muerte formaron, arrodillándose, un cuadro estrecho; los otros cuatro tomaron la cama donde descansaba el difunto y lo colocaron sobre los cuatro hombros de los sachems arrodillados; estos se levantaron y mostraron á la muda muchedumbre lo que era ya tan solo un ídolo para la patria. Los cuatro viejos libres apoyaban con sus báculos el lecho de Chactas como con unos pedestales; el ataúd arrastrado sobre unas ruedas seguía á su dueño, como el carro vacío del vencedor. La comitiva se dirigió á los Bosquecillos de la Muerte.

La tumba había sido señalada á la margen del arroyo de la Paz: la sepultura era ancha y profunda, y sus paredes estaban cubiertas con las más hermosas pieles. Los ocho sachems de la muerte depositaron á su hermano en el féretro, que se colocó en pié á la cabeza de la abierta fosa. El anciano parecía en aquella posición una estatua en un tabernáculo. Los juegos fúnebres empezaron á lo largo de un frondoso valle que se dilata á través de los bosquecillos.

Estos juegos principiaron por la lucha de las doncellas; á esta siguió la carrera de los guerreros, y á la carrera el combate del arco.

A una estaca pintada de diferentes colores estaba atada por un pié, á la estremidad de una larga cuerda, una ardilla, símbolo de la vida entre los salvajes. El ágil animal giraba en derredor de la estaca, bajaba, subía, volvía á bajar, saltaba y corría por el césped y luego brincaba al remate de la estaca en la que se sentaba sobre los piés posteriores cobijándose con su cola de seda; esta era el blanco que debían herir las flechas, pues su movilidad fatigaba las miradas. Un arco de madera de ciprés era el premio señalado al vencedor.

Este premio, como también el de la carrera, fue

alcanzado por Outougamiz, que decía á Celuta: «¿A quién lo ofreceré, si Mila no existe ya, si René está ausente, y si debo darle muerte si regresa?»

Mientras todos se ocupaban de estos juegos, vióse llegar al gran sacerdote, lleno de terror y con el vestido en desorden, buscando por todas partes al tutor del Sol, que le fue mostrado entre la multitud. Corrió, pues, hácia él y le llevó á lo más intrincado de uno de los bosquecillos, de donde salió con él algún tiempo después. Onduré se mostraba atónito, y se le vió inclinarse al oído de Adario y hablar á otros muchos sachems. El sacerdote declaró haber visto ciertas señales en el cielo, que los augurios no eran favorables y que se debía abreviar la ceremonia.

En vista de esto, diéronse prisa en hacer al finado los acostumbrados presentes. Chactas fue bajado á su última morada, y mientras se levantaba el montecillo del sepulcro, el sacerdote entonaba este himno á la muerte:

EL GRAN SACERDOTE.

«¿Es un fantasma lo que veo, ó es la nada? ¡Es un fantasma! A medio salir de una tumba cerrada, se levanta de la piedra sepulcral como un vapor. Sus ojos están huecos, su boca no tiene dientes ni labios; está mudo, y no obstante habla; respira y carece de aliento; cuando ama, en lugar de dar el ser, da la nada. Su corazón no late. ¡Fantasma, déjame vivir!»

UNA DONCELLA.

«¡Hermana mia! ¿no ves ese arroyuelo que se pierde súbitamente en la arena? ¡Cuán encantador es á lo largo de sus orillas, matizadas de flores! pero ¡cuán pronto desaparece! Entre su cuna oculta bajo los árboles y su sepulcro bajo el arco, cuéntanse apenas diez y seis pasos.»

CORO DE DONCELLAS.

Hemos visto á la joven Ondóia: sus labios estaban pálidos, sus ojos parecían dos gotas de rocío enturbadas por el viento sobre una hoja de azalea. La vimos entreabrir ligeramente la boca é inclinar la cabeza. Nuestras madres nos dijeron que esto era morir; una sola noche había marchitado á la doncella. ¡Madres! ¿acaso es dulce el morir?»

LOS GUERREROS JÓVENES.

«¡Cuán insensato es el que esclama: ¡Salvadme de la muerte! Debería más bien decir: ¡Salvadme de la vida! ¡Oh Muerte! ¡Cuán hermosa eres en medio de los combates! ¡Cuán elocuente nos parecías cuando nos hablabas de la patria, mostrándonos la gloria.»

LOS NIÑOS.

Necesitamos una cuna de tres piés; nuestro sepulcro no es más largo. Nuestra madre nos basta para llevarnos en sus brazos á los Bosquecillos de la Muerte. Nosotros caeremos de su seno como una lágrima de la mañana se desprende del tallo de un lirio sobre la yerba en que se pierde.

LOS SACHEMS.

La muerte un bien para el sabio, cuyo único estudio es agradarle; el sabio pasa toda su vida contemplando sus encantos. Ese desgraciado se revuelca en su lecho: sus ojos están encendidos, sus párpados nunca se cierran, y su corazón está henchido de suspiros; pero de repente, estos suspiros se exhalan de su corazón; sus ojos se cierran deliciosamente y se estiende sobre su lecho ¡Cuán ha llegado! La Muerte. Desgraciado: ¿dónde están tus dolores?»

CORO DE SACERDOTES.

«La vida es un cenagoso torrente; este torrente abre

á su paso un cauce más ó menos profundo que el tiempo ciega al fin.»

No bien había terminado el himno de la muerte, la multitud se dispersó. Las palabras pronunciadas en secreto por el gran sacerdote en medio de las exequias, eran el asunto de todas las conversaciones y el objeto de todas las inquietudes. Mas ya los sachems y los caudillos de los jóvenes que conocían el secreto, estaban convocados á la Roca del Consejo; el sacerdote les refirió la aparición del fantasma y la sustracción de una parte de las cañas del haz. Los conjurados palidieron, pero Outougamiz se levantó y dijo:

«¡Ya lo veis! sachems! nunca ha sido fraguada por los hombres una maquinación más impía. El Gran Espíritu la desaprueba, pues arranca á la muerte uno de nuestros antepasados para que arrebatase las sangrientas cañas. El cielo ha hablado: abandonemos, pues, tan fatal proyecto. ¡Cómo! ¡Pretendeis degollar á esos hombres á quienes habeis convidado á nuestras fiestas, y que hoy mismo han tributado los últimos honores á Chactas! Ellos han tomado parte en nuestros placeres y dolores; sus risas y sus lágrimas eran sinceras, ¡y vosotros les respondiais leves con falsas sonrisas y mentidas lágrimas! ¡Sachems! Outougamiz no sabe saborear el asesinato y el crimen; no es un anciano, no es un oráculo; pero os anuncia, inspirado por este maní de oro que lleva sobre su corazón, que tamaño atentado, si llega á consumarse, acarreará el exterminio de los Natchez y la ruina de la patria.»

Este discurso llenó de asombro el Consejo, pues nadie sabía quien había dictado palabras tan elocuentes á Outougamiz el Simple; pero á escepción de dos ó tres sachems, todos los demás rechazaron su generosa opinión. Adario elogió los sentimientos de su sobrino, pero se declaró enérgicamente contra los extranjeros.

«¡Cesemos, dijo, de apiadarnos de la suerte de los blancos! Si se oye á Outougamiz, ¿no se dirá que nuestro país es libre y que cultivamos en paz nuestros campos? ¿Qué ha sucedido? ¿qué propicio sol ha brillado repentinamente sobre nuestros destinos? Apelo á todos los guerreros que me escuchan: ¿no nos vemos más despojados y oprimidos que en tiempo alguno? ¡Bastará acaso que esos extranjeros que han asesinado á mi hijo, que han dado muerte á la antigua compañera de mi vida y reducido á mi hija al último grado de miseria; bastará, repito, que esos extranjeros vengan á pasear en nuestras fiestas, para que Adario olvide lo que ha perdido, para que renuncie á una venganza legítima, para que transija con la esclavitud de su patria, para que engañe á tantas naciones asociadas á nuestra causa, naciones cuya independencia nos ha sido confiada? ¡Devore la tierra á los Natchez, antes que incurran en tal cobardía, antes que cometan tan abominable perjurio!»

Adario fue interrumpido por las más vivas aclamaciones y por el reiterado grito de: ¡Mueran los blancos!

Cuando pudo hacerse oír de nuevo, prosiguió: «¡Sachems! Abandonar la empresa es imposible; pero ¡ejecutaremos nuestro plan el día en que sea quemada la última de las tres cañas que restan, ó esperaremos al que había sido señalado antes del robo de las ocho? ¡Sachems, decidid!»

Violenta agitación estalló en la asamblea: quienes pedían que la matanza se verificase al ser quemadas las tres cañas, pues aseguraban que esta era la voluntad de los genios, puesto que habían permitido que una parte del haz fuese sustraída; quienes insistían en que no se diese el golpe definitivo sino al espirar el plazo primitivamente fijado.

«¡Qué locura, exclamó el cacique de los chicas-

«saws, será intentar la destrucción de vuestros enemigos antes que lleguen todas las carnes rojas! »Todavía nos faltan cinco tribus de las mas poderosas. Por otra parte, ¿no haremos abortar el plan general si empezamos demasiado pronto? Si se ejecuta aquí ocho días antes que en otras partes, ¿no es seguro que las demás colonias de nuestros opresores se sustraerán á la venganza comun, y que reuniéndose en breve caerán sobre nosotros para esterminarnos? Para acometer á nuestros enemigos dentro de tres días, seria preciso comunicar esta nueva resolución á los diferentes pueblos conjurados: pero, ¿bastan tres días á los mas ágiles mensajeros para trasladarse á todos los pueblos?»

Onduré apoyó la opinion de los chicassaws: René no habia llegado y podia no llegar en tres días, por lo cual, si se anticipaba la matanza era fácil que aquel eludiese. El tutor del Sol rechazó con desprecio la idea de que el Gran Espíritu hubiese enviado á un muerto á robar las cañas del templo; acusó de cobardía á los guardias, y declaró que no tardaria en conocer al pretendido fantasma.

El sacerdote rechazó vivamente este ataque, porque ya creyese ó no en el fantasma, importábasele defender su profesion y sostener el honor de los sacerdotes. Los yazous, los miamis y una parte de los natchez, impugnaron á su vez la opinion de los chicassaws y de Onduré. Todos los guerreros hablaban á la vez: de las contradicciones se pasó á los denuestos; se levantaban, volvian á sentarse, gritaban, se asian unos á otros por el vestido y se amenazaban con ademanes, miradas y voz, hasta que al fin un sachem yazou, célebre entre los salvajes, logró hacerse oír y combatió el parecer de los chicassaws.

Empezó sosteniendo que era muy posible que antes del robo de parte del haz, hubiese habido error en el número de las cañas de los Natchez, ó en el de las demás naciones; y que por consiguiente, nada probaba que la venganza debiese ser ejecutada en todas partes el mismo día. Añadió que la desaparicion de las ocho cañas en el templo de los Natchez era indudablemente un marcado efecto de la voluntad de los Genios; que esta misma voluntad habria retirado un número igual de cañas en todos los pueblos conjurados, y que por lo tanto, el esterminio se verificaria en todas partes el mismo día. A estas razones políticas y religiosas añadió el cacique de los yazous otra de interés, que hizo cambiar de opinion á los chicassaws, y fijó la opinion del Consejo.

«Unas piraguas, dijo, cargadas de riquezas para los blancos en la parte superior del rio, se han detenido en el fuerte de Rosalia, donde permanecerán algunos días; si esterminamos á los franceses antes de la partida de esas piraguas, nos apoderaremos de ese tesoro.»

Los chicassaws, cuyo codicioso carácter era conocido de todos los indios, se fingieron convencidos por la elocuencia del yazou; pero su convencimiento procedia de su avaricia. Aviniéronse, pues, al parecer de ejecutar el plan convenido la noche en que se quemase la última de las tres cañas que bajo el altar habian quedado. La inmensa mayoría del Consejo adoptó esta resolución.

Resolvióse continuar los grandes juegos, como si Chactas no hubiese muerto, y como si el día de la ejecucion del horroroso plan no se hubiera anticipado. Resolvióse tambien no anunciar á los jóvenes guerreros la conjuración sino algunas horas antes de la mortandad.

Tomadas estas deliberaciones, la asamblea se disolvió: Outougamiz salió del Consejo con una especie de alegría. Al atravesar los bosques en medio de la noche, para volver á su cabaña, decia: «Si René no llega dentro de tres días, se salvará.» Pero asaltóle de pronto la idea de que si regresaba antes de

finalizar este plazo, su muerte se anticipaba considerablemente, y que habria ocho días menos para aprovecharse de las contingencias favorables.

El joven salvaje se puso entonces á contar los pocos momentos que su amigo debia tal vez pasar sobre la tierra; la nueva determinacion del Consejo habia obligado á sus ideas á fijarse en un objeto horroroso, habia dilacerado sus heridas y hecho salir su alma del entorpecimiento del dolor. Su desesperacion le arrancó espantosos gritos que los ecos repitieron, y los natchez, á cuyos oídos llegaron, creyeron escuchar el postrer suspiro de la patria.

Celuta reconoció la voz de su hermano y salió precipitadamente de su cabaña, corrió á los bosques, llamó al amigo de René y le siguió al grito de su dolor.

—¿Quién me llama? preguntó Outougamiz.

—¿Tu hermana!

—¿Celuta! si eres Celuta, ¡cuán desgraciada eres!

—¿Ha muerto René? exclamó esta acercándose á su hermano.

—¿No! pero la hora de su muerte se ha anticipado. ¡Dentro de tres días morirá René, moriremos tú y yo, morirá toda la tierra!

No bien pronunciara Outougamiz estas pavorosas palabras, Celuta murmuró con extraordinaria y apagada voz: «¡Yo le asesino!»

Celuta comprendió desde luego por las palabras de su hermano la otra consecuencia de la anticipacion del día del esterminio de los blancos. En efecto, si René, en lugar de prolongar su ausencia, se presentaba inesperadamente en los Natchez, su esposa, lejos de salvarle por medio de la sustraccion de las cañas, habria acelerado su muerte. Durante largo rato, Celuta, abismada en su dolor, hizo varios esfuerzos para recobrar la voz, que al fin salió entre sollozos de su oprimido pecho.

«¡Yo he robado las cañas!» exclamó.

«Desventurada! replicó su hermano; ¡tú, sacrilega, perjura, homicida!»

«¡Si! añadió desesperada Celuta; yo, yo soy la causa de todo! Castígame, arráncame para siempre la luz del día; ¡débate yo este favor fraternal! Los tormentos de mi vida son ahora harto superiores á mis fuerzas!»

Outougamiz anonadado se apoyaba en el tronco de un árbol, sin poder articular una palabra, pues el dolor embargaba todo su ser. Rompiendo al fin el silencio, dijo:

«Hermana mia! eres muy desgraciada, ¡muy desgraciada! ¡mas desgraciada que yo!»

Celuta estaba muda como un peñasco. Outougamiz prosiguió: «Obligada estás en conciencia á ser perjura segunda vez y á revelar el secreto á René; este secreto es ahora tuyo exclusivamente: tu asesinas á mi amigo; pero debo tambien decirte que estoy obligado á dar parte de esto á los sachems: no querrás, Celuta, que yo sea tu cómplice ni que viole mi juramento.»

Outougamiz se detuvo un momento despues de proferir estas palabras; pero continuó: «¡Si! este es nuestro comun deber! Revela este secreto á René, cuando regrese; yo descubriré tu secreto á los sachems. Si mi amigo tiene tiempo para salvarse, mi alegría será como la del cielo; pero dáte prisa, porque es preciso que yo descubra lo que vas á hacer.»

El sencillo y sublime joven se alejó. Onduré habia vuelto del Consejo con el espíritu lleno de agitacion, pues la mayoría de la asamblea se habia pronunciado contra su dictámen. El crimen perdía á sus ojos la mayor parte de sus atractivos si René no se veia envuelto en la matanza, y si Celuta no era el premio de la iniquidad. Resolvió dirigirse á la mansion de esta mujer á quien todos abandonaban, incluso su propio hermano. Acaso Celuta habria recibido alguna noti-

cia de René; acaso esta solícita y fiel esposa habria robado las cañas del templo; el tutor del Sol así lo sospechaba, y le interesaba adquirir datos sobre estos dos puntos.

Llegó á la cabaña de Celuta en el momento en que esta acababa de salir, atraída por los gritos de su hermano. El interior de la cabaña estaba débilmente alumbrado por una lámpara pendiente del hogar. Onduré recorrió todos los rincones de aquel asilo del dolor, pero á nadie halló, excepto la hija de René que dormía en una cuna al lado del lecho de su madre; el monstruo sintió la tentacion de sepultarla en el sueño eterno.

La cama de la viuda y la de Amelia, lejos de atraer su corazon á la piedad y á los remordimientos, despertaron en él el nunca apagado fuego del amor y de los zelos. Onduré sintió que por sus médulas circulaba una llama voraz; el deleite se pintó en sus ojos, sus sentidos se abrasaron; la oscuridad, la soledad y el silencio estimulaban su brutal deseo. Precipitose sobre el pídico lecho de Celuta, y le prodigó insensato tiernos abrazos y caricias; buscó en él el sello de las gracias femeniles, y aplicándole sus ávidos labios, cubrió de ardientes besos los pliegues del velo que habian podido tocar la boca ó el seno de la hermosa. Juró por último, en su frenesí que pereceria ó alcanzaria la realidad de unos placeres cuya sola imagen concitaba en su alma todas las tempestades de las pasiones. Pero Celuta, que lloraba en el fondo de los bosques con su hermano, no volvía; y Onduré, cuyos momentos estaban contados, se vió precisado á alejarse de la cabaña.

Una mujer, ó por mejor decir, un espectro se adelantó hácia él: no bien habia salido del albergue profanado por su presencia, hallóse frente á frente de Akansia, que le dijo:

«He sufrido demasiado tiempo mis crueles tormentos. Cuando despues de haber sabido tu visita á mi rival, te mandé te presentases á mí, te negaste á obedecerme. Ahora te hallo saliendo otra vez de este lugar donde Athaensia ha encadenado tus pasos y los míos. No te dirijo ya quejas, ¡miserable! El amor se estingue en mi corazon; el desprecio te es indiferente, lo sé! pero tengo crímenes que espiar y una venganza que satisfacer. Ya te lo he prevenido: voy á delatarte á los sachems y á delatarte conmigo; tus maquinaciones, tus maldades y las mias van á ser descubiertas; ¡todos nos harán justicia!»

Onduré quedó tanto mas aterrado al oír estas palabras, cuanto que á la luz del naciente día no descubrió en el semblante de Akansia aquella languidez que le revelaba en otro tiempo hasta qué punto la zelosa mujer estaba aun enamorada; en la espresion de su rostro no se advertia sino desabrimiento y desesperacion. Onduré tomó sin titubear su partido.

No lejos de la cabaña de Celuta se estendia una anchurosa laguna, impura manida de las serpientes. Onduré fingió un estremado arrepentimiento, aparentó amar á la mujer á quien nunca habia amado, y abrazándola en ademan de ruego, le suplicó le escuchase. Akansia pugnaba entre los brazos del protervo, y le abrumaba con esas duras reconvenciones que el desprecio mucho tiempo reprimido y el amor engañado saben hallar tan fácilmente. «¡Si rehusas escucharme, le dijo el tutor del Sol, voy á darme la muerte!»

Muy criminal era Akansia, ¡pero habia amado tanto! Quedábase de tanto amor cierta complacencia involuntaria, y se dejó arrastrar hasta la laguna, prestando oído á unas excusas que ya no la engañaban, pero que aun le eran gratas. Onduré, que no cesaba de justificarse y marchar, condujo á su víctima á un lugar solitario. Simuló el lenguaje del mas vehemente amor, diciendo á su ofendida amante que

si se dignaba dirigirla una sola sonrisa, pasaria á sus pies una vida de gratitud y adoracion. Akansia sintió espirar su cólera, y Onduré, remedando un arrebato de amor, se postró ante ella.

Akansia se hallaba en una estrecha lengua de tierra que separaba unas aguas estancadas, en que multitud de serpientes de cascabel se solazaban con sus crias al finalizar el otoño. Onduré abrazó los pies de Akansia y los atrajo hácia sí: la desdichada cayó de espalda, y rodó con todo su peso por las emponzoñadas aguas. Estos reptiles, cuyo veneno adquiere mayor sutileza cuando tienen una familia que defender, hicieron resonar el estrépito de la muerte, y abalanzándose todas á la vez, hirieron con sus aplastadas cabezas y huecos dientes á la enemiga que iba á turbar sus solaces maternales.

La nefanda alegría del crimen brilló en el rostro de Onduré: Akansia, luchando con una doble muerte, en medio de las serpientes y de las aguas, exclamó: «¡Bien lo he merecido, monstruo! corona tus maldades; corre á inmolar tus últimas victimas; pero ¡sabe que tu hora ha sonado tambien!»

«¡Sea! respondió el infame, arrojando la máscara; ¡si! yo soy quien te da la muerte, porque proyectabas hacerme traicion. ¡Muere, pues mis iniquidades son las tuyas! ¡Desprecio tus amenazas! De hoy mas no habrá freno para mí; mi postrer suspiro será para un nuevo crimen y para un amor que es tu suplicio. ¡Tú no tendrás la cabeza de Celuta; pero yo prodigaré los besos que me has permitido darle, á esa encantadora cabeza.»

Y Onduré abandonó mujendo, como si hubiese habitado ya el infierno, á la mujer que la habia sacrificado cuanto sacrificarle podia.

Dios hizo sentir en aquel mismo instante al réprobo el anticipado peso de las venganzas eternas. Algunos cazadores se dejaron ver en aquellos lugares; y habiendo reconocido al tutor del Sol, se adelantaron hácia él. Akansia flotaba aun en las aguas, y era imposible ocultarla á los cazadores, quienes se apresurarian á socorrerla; ¿y no podia conservar bastante vida para hablar, al ser puesta en la orilla? El espanto heló por un momento el corazon de Onduré, pero recobrándose un poco; se mostró digno de su crimen. El medio de engañar á que apeló no era enteramente seguro, pero era el único á que podia recurrir, y lo hubiera opuesto á una acusacion de asesinato. Llamó, pues, á los guerreros, con todas las señales de la mas violenta desesperacion, gritando: «¡Acudid! ayudadme á salvar la Mujer-Jefe, que acaba de caer en este abismo!» y fingiendo socorrer á Akansia, se esforzaba en sumergirle la cabeza.

Los cazadores acudieron presurosos; y alejando las serpientes con ranas de tamarindo, sacaron de la laguna á la desventurada.

Esta no dió en el primer momento la mas ligera señal de vida, pero no tardó en hacer algunos movimientos; abrieron sus ojos y su mirada se fijó en Onduré, que retrocedió tres pasos, cual si se hallase bajo la vengadora mirada de Dios.

Algunos apagados gritos, semejantes al estertor del moribundo, se exhalaban poco á poco del pecho de Akansia. Agitóse y se arrastró por el suelo, imitando á los horrorosos reptiles que la habian herido. Su piel, por el ordinario efecto de la mordedura de la culebra de cascabel, estaba salpicada de manchas negras, verdes y amarillas: un matiz lívido y brillante cubria estas manchas, como el barniz de un cuadro. Sus dedos estaban rotos, y una espuma impura salía de su boca: los cazadores contemplaban en mudo horror el vicio castigado por la mano del Gran Espíritu.

Celuta, que volvía de los bosques inmediatos y se dirigía á su cabaña por aquella parte de la laguna,